

frente del batallón romántico europeo, subordinando a Byron y Shelley.

En otro orden, una revisión del romanticismo español impone una paralela maniobra de relectura histórica, en cuanto el siglo XIX propone fórmulas de identidad nacional y sangrientas crisis de integración. De ahí la utilidad derivada de estudios como el examinado.

Concierto de una vida. Memorias del maestro Rodrigo, *Eduardo Moyano Zamora*, Planeta, Barcelona, 1999, 286 pp.

Joaquín Rodrigo (1901-1999) es el involuntario autor de la música española más conocida en el mundo, el *Concierto de Aranjuez*. Su popularidad le ha valido una austera gloria y también algunas tropelías en forma de (in)adaptaciones. La fama es un gran malentendido y el caso Rodrigo lo prueba una vez más.

A desbrozar estos encontronazos entre el sentido y el hecho se dedica el libro de Moyano Zamora, compuesto en parte con documentos y en parte con fictas memorias del músico, redactadas por el responsable en primera persona, a partir de conversaciones con el compositor.

Un padre tiránico, que nunca aceptó que su hijo fuera músico y

prohibió a la madre que asistiera a sus estrenos, debió soportar que su niño, ciego desde la más tierna infancia, se empecinara en su vocación y la llevara a cabo. La voz de la madre fue el sonido conductor en la noche del mundo, donde apareció otra voz, la de Victoria Kahmi—cuya familia turca tampoco aprobó su matrimonio con el músico español y ciego— que lo acompañó durante sesenta años.

Escrito con admiración y simpatía, el libro contiene una cuantiosa información sobre la carrera de Rodrigo, su vida familiar, sus amigos, maestros y viajes por ese mundo que nunca pudo ver y que escuchó con atención y enriqueció con inesperados sonidos. No faltan las reflexiones teóricas, entre las cuales la más decisiva es ésta: no hay música neoclásica en España porque no hubo clasicismo; sí, en cambio, puede haber música neocastiza porque hubo casticismo. Y eso es lo que intentó Rodrigo con su obra: recobrar viejas tradiciones modales y tonales de la música española, partiendo de la fórmula del moderno nacionalismo, es decir prestando oído a España desde Francia. Así consiguió este ciego una música plena de colores que soporta ser canturreada y silbada por todo el mundo. O, como precisó Manuel Machado en versos que le dedicó en 1943: «Así tú de este mundo inenarrable/ el alma y luz percibes...».

Las realidades en que vivimos, Hans Blumenberg, traducción de Pedro Madrigal, introducción de Valeriano Bozal, Paidós, Barcelona, 1999, 173 pp.

Esta miscelánea de Blumenberg, mayormente compuesta por conferencias y otras intervenciones orales, muestra algunas recurrencias y obsesiones de su pensamiento. En el caso: el desacuerdo actual entre el hombre y la naturaleza, la pérdida del sentido de la naturaleza como destino humano, el conflicto sofístico entre discurso y verdad, la necesidad fenomenológica de ir hacia las cosas mismas, la pluralidad coetánea de los mundos en que vivimos (y la crisis consiguiente de la idea de realidad), la filosofía como ciencia crítica de las trivialidades y las obviedades, la filosofía como mera descriptora de lo que hacen las ciencias particulares, la incapacidad del lenguaje para dar cuenta de las percepciones y la subsecuente necesidad de la metáfora. Como apunta Bozal en su introducción, el pensamiento de Blumenberg se estructuró en torno a metáforas, en especial dos de ellas: el naufragio y la cueva. La correlación armoniosa entre el hombre y el cosmos quiebra y el hombre naufraga. Para no perecer a la intemperie, se refugia en la cueva, reino de lo limitado y lo racional ante la conjetura del «afuera».

No siempre Blumenberg desovilla con suficiencia las tramas que

aborda. Por ejemplo: que el lenguaje deba dar cuenta de las percepciones supone, además, que percibimos en función de las palabras, lo que instaura una dialéctica entre el ser y el nombrar (el primero es innombrable). O el ir a las cosas mismas impone una teoría de la cosa, sin la cual no hay cosa que valga ni cosa que se encuentre y que no sea la Cosa Perdida. Que la filosofía no resuelve ninguno de los problemas que plantea no es una insuficiencia sino una tarea. La filosofía existe para problematizar y no para resolver.

En otros campos, tampoco cabría pensar que la quiebra de la mimesis en el arte es un síntoma del conflicto entre el hombre y el cosmos. El arte no mimético es una construcción cósmica lo mismo que el arte representativo. Ambos son microcosmos y se proyectan sobre el posible Cosmos que nos preocupa. Y así sucesivamente.

Historia maldita de la literatura. La mujer, el homosexual, el judío, Hans Mayer, traducción de Juan de Churrucá, Taurus, Madrid, 1999, 418 pp.

En 1975, el hoy nonagenario profesor Mayer se encaró con el tema de los marginales (*Aussenseiter* es el título de la obra en alemán) partiendo de una perplejidad ilustrada: la Ilustración peraltó una imagen

homogénea e igualitaria de la humanidad, la cual deja de lado a los anormales, los monstruos, los individuos excepcionales, los genios, las minorías elegidas y nada menos que el «continente negro» de la especie, la densa y opaca mujer. O Mujer, si se prefiere.

Esta ambigüedad (lo anómalo como privilegiado a la vez que denostado) se vincula con la categoría de lo sacro y su ambivalencia, tan insistentemente estudiada por la sociología francesa. Sin ir tan lejos, Mayer se limita a explorar incontables ejemplos literarios de tipificación: mujeres, homosexuales, judíos. Como siempre en él, la erudición es generosa y la casuística, prolija. Hay observaciones críticas agudas junto a simplificaciones sociologizantes, divagaciones y ejemplos de imprecisión. El panorama de conjunto no es nítido, pues se mezclan personajes imaginarios y reales, sin distinguir lo que ocurrió en la vida fáctica y lo que cristalizó en el imaginario.

El balance no deja de ser curioso. Apenas se intenta una tipificación literaria de la mujer, por ejemplo, aparecen paradigmas que poco tienen que ver, desde Juana de Arco a Salomé, de la Virgen María a Débora, de Dalila a Marilyn Monroe. Lo mismo cabe decir de homosexuales (mayormente varones) y judíos. Dentro de estas categorías, tan fluctuantes de por sí, el centro y la periferia vuelven a reproducirse y la marginación se torna un proceso infinito. Siempre hay márgenes de márgenes y etcéteras de etcéteras.

En la actualidad, la sociedad permisiva ha abolido la posibilidad de marginarse y transgredir. Quizá Mayer se haya dirigido al pasado, a las voces que enmudecieron con los siglos y ahora son letra, muda y elocuente letra. Así, la Ilustración desarrolló las fuerzas humanas para dominar a la naturaleza y a los dioses, con lo cual aumentó el dominio humano sobre los hombres, divinizándolo y naturalizándolo.

B. M.

El fondo de la maleta

La casa y el huevo

El egiptólogo inglés Gardiner ha querido ver en las inscripciones de Serabit-el-Jadem, en la península del Sinaí, el origen semítico de nuestro moderno alfabeto. Se trata de unos pictogramas que representan la primera letra de determinadas palabras. En número de treinta, pueden corresponder a la colección de signos que nos permite escribir, por ejemplo, esta página. Los datos son nebulosos y discutibles, pero hay un nudo simbólico que vale la pena considerar en ellos. Los dos primeros signos son *Aleph* (contracción: *Alph*) y *Beth*. De ellos, los griegos tomaron su *alfa* y su *beta*. Andando el tiempo, nos han servido para construir nuestra palabra *alfabeto*.

Atendiendo a los símbolos gráficos que las representan, estas letras o protoletras son una casa y un

huevo. La reunión puede ser azarosa, pero el azar quizá cuente con unas ocultas leyes, como quiere el verso de Borges. En efecto, entre incontables cualidades, el lenguaje escrito tiene las de ser una casa y un huevo. Una casa porque alberga la memoria, que en la oralidad es entregada al viento y en la escritura se domestica y retorna. Y es un huevo, en tanto lugar germinal de todas las cosas que pueden decirse. También en las casas germina la vida (y su hermana gemela, la muerte) porque en ellas nacen y se crían los niños que algún día sabrán escribir con aquellas treinta figuritas del Sinaí. *Se non é vero, sarà ben trovato* asegura el refrán italiano. Esta lengua cabe asimismo en la casa y en el huevo del abecedario donde habitamos y germinamos.